

MÍNGUEZ DE SAN FERNANDO Y SU TRADUCCIÓN DE LA *ENCYCLOPÉDIE MÉTHODIQUE*

JOSÉ CHECA BELTRÁN

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Recordemos que la publicación de la *Encyclopédie méthodique* (1782-1832) se debe a la iniciativa del editor Panckoucke, quien ante el reconocimiento generalizado de las carencias e irregularidades de la enciclopedia de Diderot, decide publicar otra mucho más amplia, donde se recoja lo mejor de la diderotiana, corregida, actualizada y ampliada con nuevos artículos, suavizada en su heterodoxia “filosófica”, y, sobre todo, organizada ahora por materias. No se ha escrito mucho acerca de la traducción al español de esta nueva enciclopedia francesa, aunque afortunadamente disponemos de los estudios de Mauricio Jalón, así como de valiosos datos sobre la cuestión editorial y de censura, gracias a las aportaciones de François Lopez, Gonzalo Anes y Clorinda Donato.

Prácticamente nada se ha escrito acerca del escolapio Luis Mínguez de San Fernando y de su obra: la *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII* de Aguilar Piñal señala que Mínguez nació en 1745, murió en 1808, y es autor de una obra manuscrita “sobre la llamada Constitución civil del clero”, traducida del francés, así como de tres obras impresas, una traducción del *Arte poética* de Horacio (1783), una traducción del *Diccionario de gramática y literatura*, de la *Enciclopedia metódica* (1788), y un *Diccionario bíblico universal* (1800). Ningún estudio sobre este autor figura en la útil obra de Aguilar Piñal.

Los estudios sobre las Escuelas Pías poco añaden a lo ya dicho, aunque los padres Lasalde y Rabaza especifican que Mínguez nació en Mahora (Albacete) y falleció en Madrid. Según Lasalde (1893: 331) su muerte “se cree que fue violenta y que murió a manos de los invasores” franceses. Rabaza dice que no murió en 1808, sino en 1810, “en una casa particular en Madrid”. El padre Lasalde ofrece una relación de obras de Mínguez que comprende nueve manuscritos y siete impresos. Entre ellas figuran un *Tratado de poética* (manuscrito) y un *Examen de retórica* (impreso), pero el escolapio nada dice sobre su paradero. En cualquier caso, mi intención no es bucear en la biobibliografía de Mínguez, sino estudiar exclusivamente su traducción del *Diccionario de gramática y literatura* -cuya autoría original corresponde a Sabatier de Castres-, del que en español sólo se publicó un volumen, el relativo a los vocablos que comienzan por la letra “a”.

Dejando a un lado los avatares editoriales -ya estudiados por los autores citados, cabe preguntarse el porqué de la decisión de publicar esta obra en español, el porqué de la autorización de la censura, y la justificación que se dio acerca de la oportunidad y necesidad de contar con esta enciclopedia en castellano. En cuanto a la primera pregunta, Sancha decidió realizar esta edición (vieron la luz doce tomos, entre 1788 y 1794) porque pensó que sería un buen negocio; el editor francés, Panckoucke, consiguió en España un número respetable de suscriptores, y Sancha decidió hacerle la competencia publicando una traducción de la obra. El proyecto editorial respondía perfectamente a las exigencias de los lectores de entonces, ávidos de obras enciclopédicas: obras que sintetizaran todos los conocimientos de la época, en las disciplinas más dispares. En la parte que toca a Mínguez, el *Diccionario de gramática y literatura* pretende ser lo más exhaustivo posible, tanto en el ámbito de la gramática, que abarcará “la gamática general y particular de las lenguas” (Mínguez 1788: vi), como en el de la literatura, donde se tratará de poética, retórica, crítica literaria, historia de la poesía y de la elocuencia, y mitología.

En cuanto a la segunda pregunta, la autorización gubernamental llegó ante el convencimiento de que la “heterodoxia filosófica” de la enciclopedia de Diderot desaparecería en esta versión de Panckoucke, tal y como el anuncio en la *Gaceta de Madrid* del 16 de abril de 1782 proclamaba: la nueva enciclopedia ha purificado, corregido y ordenado los muchos errores y contradicciones que en el campo de la teología existían en la enciclopedia de Diderot, y, en suma, además de otras ventajas incorporadas, “se ha procurado conservar la pureza de la religión”, añadiéndose que “este proyecto vendrá a hacerse útil a la Iglesia y al Estado” (Lopez 1976: 49). Por lo que respecta a la traducción de Mínguez, la ortodoxia estaba más garantizada aún, merced al pensamiento antifilosófico del responsable de la edición francesa, Sabatier de Castres, conocido oponente de los *philosophes*.

Por último, la justificación pública de esta traducción se asentaba en la gran utilidad para el público y para España que se derivaría de tal hecho. Mínguez ofrece en el “Prólogo del traductor” todos los motivos que encarecen el valor de esta obra. Allí explica las diferencias de la edición española con respecto al original francés: la versión castellana duplica en páginas a la francesa debido a la inclusión de un gran número de artículos nuevos -dedicados mayormente a autores y obras clásicas, y a palabras sinónimas-, y debido a las “adiciones propias de nuestra literatura” (Mínguez 1788: v), que se incorporan al final de los textos traducidos. Esas adiciones pertenecen a obras de teóricos españoles o son del propio traductor, a veces complementan la doctrina del texto francés, pero en gran número de casos la corrigen.

También en el prólogo explica Mínguez el propósito y contenidos de su *Diccionario*: se “trata de compendiar y reducir a orden todo cuanto se ha dicho desde Aristóteles hasta nosotros en cada parte de la literatura” (Mínguez 1788: iii). Naturalmente, todo ello de manera resumida, de forma que quede “el alma o quintaesencia de todos los grandes hombres juntos” (Mínguez 1788: i). Los preceptos

irán acompañados de ejemplos, y todo ello ha de ser comprensible tanto para los “aficionados” como para los “ingenios”. Esta declaración de intenciones es, en resumidas cuentas, una definición del “género” enciclopedia, caracterizada por la exhaustividad, síntesis, diacronía, inteligibilidad para aficionados y eruditos, e inclusión de reglas y ejemplos. En definitiva, el diccionario de Mínguez será una de esas obras “que hacen ley en punto de literatura, y deben hallarse en todas la bibliotecas”, así como en los colegios y en los “gabinetes de los sujetos de buen gusto y aplicados a las letras” (Mínguez 1788:1).

Sin embargo, Mínguez calla sobre uno de los móviles fundamentales de su libro: la apología de España y el consiguiente ataque a Francia. Paradójicamente, su traducción del texto francés supone una enérgica contestación a muchas de las ideas que allí sostenían los autores galos. Estamos ante un caso en el que, contra lo previsible, la traducción no es un vehículo de incorporación de la cultura foránea, sino un pretexto para reafirmar la propia cultura española, impugnando la doctrina del texto traducido. Recordemos que estamos en los años del debate sobre las apologías: la traducción de Mínguez participa activamente en dicho debate, la actitud del escolapio está cargada de intencionalidad política, y debe interpretarse como una traición a las ideas del texto original relacionadas con el paralelo de culturas. Hemos de preguntarnos, pues, acerca de la medida y de los términos concretos con que Mínguez responde al texto original.

Existen algunos artículos en los que el escolapio español se limita a traducir el texto original francés. En otros, añade determinadas explicaciones convenientes para que el lector español conozca las peculiaridades de su lengua y su gramática, diferentes a las del francés: por ejemplo, los artículos “adverbio”, “adjetivo”, etc. Los artículos nuevos sobre obras, autores clásicos, o palabras sinónimas, son asépticos y sólo intentan ofrecer mayor información que la proporcionada en el diccionario francés. Finalmente, algunos artículos nuevos y muchas adiciones a entradas ya existentes en el texto francés corrigen lo expresado en el original, con el fin de elogiar la cultura española y criticar la francesa.

Aunque el texto francés revela un acusado egocentrismo cultural, y, en ciertos casos, un notable e irritante desconocimiento de todo lo foráneo, ello no habría sido motivo suficiente para que la traducción de Mínguez fuese tan contraria a Francia: el artículo sobre España de Masson de Morvilliers y el consiguiente malestar nacionalista determinó un radicalismo que quizás no figuraba en los planes iniciales de editor y traductores. Sin hacer alusiones concretas a este hecho, todo el libro del escolapio rezuma nacionalismo, la obra demuestra un indisimulado propósito de corregir los autocomplacientes textos franceses mediante la adición de teorías que, tras comparar lo español y lo francés, desembocan en la “demostración” de la superioridad de España. Estas teorías u opiniones adicionales suelen proceder de autores españoles o del propio Mínguez; sólo en contadas ocasiones recurre a opiniones de críticos extranjeros.

¿De qué modo concreta Mínguez ese nacionalismo? Del modo que permite un libro sobre gramática y literatura. Veamos muy brevemente algunas muestras al respecto:

acerca de la “abundancia” de la lengua, y tras las afirmaciones de Beauzée, defendiendo que el francés es tan abundante o más que el latín y griego (Mínguez 1788: 44), Mínguez añade las opiniones de Masdeu, Lampillas y Feijoo para defender el castellano, justificando su apología de esta manera: “y como [Beauzée] no habla palabra de la [lengua] castellana, a fuer de buenos españoles, no podemos menos de exponer a la vista de todo el mundo, fundados en los mismos principios que M. Beauzée, la abundancia, extensión y riquezas que hacen superior nuestra lengua a la francesa, inglesa, etc.” (Mínguez 1788: 46).

La abundancia del español se demuestra porque “son muchas las voces castellanas que no tienen equivalente en la lengua francesa” (Mínguez 1788: 48). Por el contrario, no hay por qué usar determinados vocablos tomados del francés, ya que España siempre posee sus equivalentes, sólo hay que conocerlos: por ejemplo, se debe usar “notable”, y no “remarcable” (Mínguez 1788: 49). La verdad es que Mínguez tiene una idea algo anticuada acerca de la abundancia de una lengua: para él, ésta se apoya en la abundancia de voces, de diminutivos, de sinónimos para designar un mismo concepto, y, siguiendo a Beauzée, en la abundancia de lenguas que han influido en su formación: por eso el español es tan rico, ya que procede del latín, árabe, griego, hebreo, fenicio, celta, godo, vascuence, lenguas americanas, italiano, alemán y francés (Mínguez 1788: 52). Pero el reciente libro de Girard sobre los sinónimos -del que Capmany se hizo eco en España- sostenía que la abundancia de una lengua depende de su disponibilidad de vocablos para la designación del mayor número de conceptos y objetos. Que Mínguez no se hiciera eco de esta idea demuestra su desconocimiento de las novedades en gramática general.

Pero el español no es superior sólo por la abundancia, sino también por la riqueza de sus frases, la energía de sus voces, la propiedad, armonía, elegancia, pureza y, en definitiva, por su “dulzura, majestad y nobleza”. Habida cuenta que España también había sufrido el desprecio de los italianos -recordemos las obras de Tiraboschi y Betinelli-, también éstos se llevan una parte, muy pequeña, de la reprimenda: los franceses e italianos “muy preciados cada cual con su lengua, miran con desdén y fastidio a la española” (Mínguez 1788: 47); por eso, siguiendo a Lampillas, afirma que los italianos no conocen ni nuestra lengua ni nuestra cultura. No por ello, Mínguez deja de recurrir a un autor italiano cuando le interesa: Pietro Napoli Signorelli le sirve para reforzar su posición antigala desde un frente común italo-español. En el artículo “Aristófanes”, Signorelli se queja de Marmontel por sus ataques “contra la nación italiana en materia de poesía”, y expresa irónicamente una idea compartida entonces por otras naciones europeas, que se sentían agraviadas por el imperialismo cultural francés: “la presunción y franqueza con que los franceses (hablo por sinécdoque) suelen discurrir, juzgar y escribir de la literatura extranjera, de la que tienen poquísimo o ningún conocimiento es un don particular que la naturaleza solamente ha concedido a los de esta nación” (Mínguez 1788: 490).

Incluso algo que podría interpretarse como ventaja del francés es transformado por Mínguez en desventaja: en el artículo “Anástrofe”, Beauzée sostiene que la lengua francesa “está ligada esencialmente al orden analítico”, es decir, respeta el orden natural que se supone debe existir entre las palabras; Mínguez añade que también el español posee ese orden analítico, aunque menos que el francés. En realidad está atribuyendo ventaja al español en este terreno, aceptando la extendida idea de que el francés es una lengua “geométrica”, poco propicia para lo literario, mientras que el español es mucho más dúctil, y por tanto más literario. En efecto, Mínguez repite insistentemente a lo largo del libro que el francés carece de “dialecto literario”, de “lenguaje poético”.

El escolapio aprovecha el artículo “Asonante” para defenderse de los ataques contra la versificación española; en ese artículo, Beauzée (Mínguez 1788: 555) sostenía que los poetas franceses tienen más mérito que los españoles, ya que componer en rima consonante es más difícil que hacerlo en asonante. Alude así a una vieja polémica acerca de la “dificultad vencida”: uno de los criterios que tradicionalmente servían para valorar el trabajo de un artista era precisamente el de evaluar las dificultades que éste había debido vencer para concluir su obra. Nuestro traductor se apresura a contestar que estos juicios son muy comunes entre los escritores franceses, y que son “despropósitos más dignos de risa y desprecio, que de refutación seria”. Añade después: “por lo que hace a la dificultad, si en ella hubiera algún mérito sólido, la más fácil de nuestras consonancias, y aun algunas asonancias en composiciones largas, es infinitamente más difícil que los pareados” franceses (Mínguez 1788: 555). No niega, así, la mayor dificultad de la consonancia, sino que confiere mayor dificultad a la consonancia y asonancia españolas comparadas con los consonantes franceses.

A propósito de la anacreóntica, Mínguez sostiene que el francés carece de “armonía y gracia” y que por su estilo frío “no hay que buscar las gracias anacreónticas en las composiciones monótonas y rastreras de los franceses” (Mínguez 1788: 337). En el artículo “acto”, el texto francés no toma partido acerca del uso establecido de dividir una obra dramática en cinco actos: “ni tiene tanto fundamento que pueda hacer ley, ni está tan restituído de razón que deba desterrarse del teatro” (Mínguez 1788: 129); pero nada se dice acerca de la división española en tres actos. Mínguez toma la palabra para sostener que la división en cinco actos es una regla arbitraria “que puede quebrantarse sin escrúpulo alguno”, y añade la opinión de Luzán: “no alcanzo razón alguna por la cual hayan de ser los actos precisamente cinco y no tres” (Mínguez 1788: 132).

No podían faltar las referencias al barroquismo español. En el artículo “Afectación”, de Sabatier, nada se dice en el texto francés contra España, sin embargo Mínguez no deja pasar la oportunidad para reivindicar la imagen de nuestro país, tantas veces atacado por los franceses en este punto. Pero su reivindicación no es muy afortunada: tras la traslación del texto francés, se añaden unas páginas del traductor donde se dice: “no será razón que habiendo oído hablar tanto a los franceses sobre la afectación no digamos nada de nuestros españoles, habiendo sido éstos los primeros que levantaron el grito contra este vicio literario” aparecido ya en la antigüedad romana.

Pues bien, según Mínguez fueron los españoles Séneca y Quintiliano los primeros que procuraron “atajar el contagio” e inspirar el amor por la naturalidad y la sencillez (Mínguez 1788: 189). El argumento de trasladar a la antigüedad el nacimiento de ese mal gusto, así como el de declarar que los españoles fueron los primeros en combatirlo, son justificaciones tan tópicas como ineficaces en la España de entonces.

Esta orientación nacionalista y ortodoxa, con que Mínguez ha impregnado su traducción, se advierte también en sus referencias a la moral; dice en el prólogo: “se han añadido las reflexiones morales a los principios de literatura” (Mínguez 1788: II). Sin embargo, la autoría original de Sabatier proporcionaba la suficiente tranquilidad como para no tener que hacer correcciones. Por ello, son muy escasas las ocasiones en que Mínguez toma la pluma para este menester. Una de ellas es en el artículo “Adorar, honrar, reverenciar”, donde corrige a Girard, quien “ha padecido algunas equivocaciones, que por ser tan sustanciales y tocar en puntos de nuestra Santa Religión, me ha parecido conveniente deshacerlas, y poner en claro la verdad, para no inducir a error a los incautos lectores” (Mínguez 1788: 165).

En el ámbito de las fuentes era lógica la españolización, dado el intento de adaptar las reglas y ejemplos franceses a la idiosincrasia española. Las fuentes declaradas de la obra son las autoridades clásicas antiguas (Aristóteles, Cicerón, Quintiliano y Horacio), y los autores franceses Rollin, Racine, Boileau, Molière, D’Alembert, Du Marsais, Batteux, “y otros”. Pero en esta lista ofrecida por el traductor faltan varios importantes puntos de referencia, como Marmontel, Beauzée, Girard, Le Bossu, Roubaud, Giambattista Conti y Signorelli. Por otra parte, Mínguez cita como fuentes españolas a Herrera, González de Salas, Velázquez, Luzán, Andrés y Lampillas, pero a estos hay que añadir Rengifo, Mayans, Montiano y Luyando, Pinciano, Dendo y Ávila, la Real Academia Española, la Real Academia de Barcelona, la Sevillana de Buenas Letras, Tomás Sánchez, el padre Sarmiento, Feijoo, Gregorio Garcés, Bartolomé Alcázar, Francisco de Salinas, Pedro Simón Abril, Clavijo y Fajardo, Nicolás F. de Moratín y Estala, todos ellos firmantes de alguna de las adiciones.

El análisis de los modelos literarios supone una demostración más de la actitud apologética de Mínguez; es lógico que la traducción española se acompañe con ejemplos de autores españoles, pero el escolapio aprovecha esta oportunidad para comparar los modelos franceses propuestos en el texto francés con los modelos castellanos que él propone: el resultado, naturalmente, es siempre muy favorable a nuestros compatriotas. Por ejemplo, cuando habla de la abundancia de estilo recurre a Quevedo y fray Luis de León, cuya abundancia se basa en la riqueza de ideas que sugiere una sola de sus palabras; por el contrario, Racine, en *Fedra*, comete el defecto de la abundancia por “superfluidad”, es decir, sus palabras no son ricas en ideas, sino en “menudencias y bagatelas” (Mínguez 1788: 54).

Lo mismo sucede en el artículo sobre la anacreóntica, donde Mínguez sostiene que ya Gutierre de Cetina excedió a sus coetáneos Ronsard y Marot, exhibidos como modelos en el texto francés; dice el escolapio que una anacreóntica de Cetina “excede

en dulzura, armonía y naturalidad a las más perfectas que nos puedan mostrar los franceses de su siglo de oro” (Mínguez 1788: 337). Además, España supera a Francia no sólo por su calidad, sino que la poesía y los poetas españoles son más merecedores de crédito también por su precedencia cronológica, “los españoles conocimos la buena poesía algo más de un siglo antes que los franceses” (Mínguez 1788: 337).

Además de estas comparaciones interesadas, Mínguez utiliza como modelos españoles los que por aquellos años eran generalmente aceptados: fray Luis de León, Garcilaso, Villegas, Quevedo, Cetina, Francisco de Rioja. También propone a Herrera y los Argensola, cuya revalorización se produce, a mi entender, por aquellos años, quizás debido a la edición de Ramón Fernández de 1786. También propone como modelos a Balbuena y Ercilla, y entre los modernos a Meléndez Valdés -“el Anacreonte de este siglo” (Mínguez 1788: 238)- y Samaniego. También propone al Arcipreste de Hita (Mínguez 1788: 250), al marqués de Santillana y a Juan de la Encina (Mínguez 1788: 334).

No se halla en el *Diccionario de gramática y literatura* ninguna teoría sistemática sobre la traducción, pero sí existen al respecto muchas opiniones sueltas del traductor, interferidas siempre por la intención apologética que marca esta obra, y, por tanto, de poco valor para una teoría dieciochesca sobre la traducción. Para Mínguez, el castellano es capaz sin dificultad de “trasladar a sí por medio de las traducciones cualquier género de expresiones, bellezas, adornos y galas que se hallen en otras lenguas” (Mínguez 1788: 53); por el contrario, esto es algo que no pueden hacer otras lenguas, como el francés, italiano, etc., que, por ejemplo, están imposibilitadas para traducir correctamente el *Quijote*, lo cual significa para el escolapio que el español es superior a todas las lenguas modernas.

La actitud nacionalista de Mínguez determina también su posición acerca de otras cuestiones: por ejemplo, considera afectado “introducir voces nuevas sin necesidad” (Mínguez 1788: 192), así como usar arcaísmos o latinismos. Lo que fundamentalmente preocupa a nuestro escolapio es la introducción de voces francesas; así, critica a los que “se creen bastantemente autorizados o para introducir algunas [palabras] de nuevo, o para resucitar otras que ya han dejado de usarse” (Mínguez 1788: 468). Para explicar su rechazo a este fenómeno, defiende que esta práctica estaba justificada en autores antiguos, como Herrera, porque entonces sí era necesaria la introducción de nuevas palabras, de las que carecía nuestra lengua. De esta manera avisa a los autores modernos que primero deben “exceder” el lenguaje de Herrera, fray Luis de León o los Argensolas, y sólo “después se les concederá el derecho que pretenden de introducir voces nuevas o expresiones”, aunque, eso sí, sin recurrir nunca a los autores franceses, porque su lengua carece de “lenguaje poético” (Mínguez 1788: 469). En consecuencia, Mínguez reprueba a nuestros “nacionistas” -así denomina a nuestros supuestos galófilos- por imitar el habla de los extranjeros, y por “salpicar su conversación de voces francesas” (Mínguez 1788: 48).

Si ésta es una actitud inmovilista y aislacionista, no pueden considerarse así sus pullas contra los malos traductores, ya que bien es verdad que entonces se traducían en España algunos libros totalmente prescindibles, y además se traducía muy mal. Los malos traductores españoles, según Mínguez -y aprovecha para criticar de nuevo a Francia-, están reduciendo nuestro idioma a la miseria del francés, por imitarlo y no querer estudiar el castellano, “muy capaz de expresar cuanto hay de bueno y bello en todas lenguas y en todo género de poesía” (Mínguez 1788: 295). Mínguez insiste en este argumento repetidamente, atacando a los “miserables e ignorantes traductores de libritos franceses”, en donde la sintaxis castellana es desfigurada lastimosamente (Mínguez 1788: 469).

La actitud panegirista de Mínguez, así pues, impregnan cualquier aspecto de su ideología literaria que pretendamos estudiar; todo está marcado por su intención de defender lo español y restar mérito a lo francés. En realidad, el debate político y literario en la España de entonces se define por la oposición entre los partidarios de la renovación, el cambio y la autocrítica, más favorables a lo francés, y los partidarios de la tradición, la conservación y la autocomplacencia, más favorables a lo español. Se trata del debate entre el partido ilustrado y el apologista.

El libro de Mínguez no contiene una aséptica explicación de cuestiones gramaticales y literarias, como podría esperarse, sino que éstas se hallan interferidas y desfiguradas por una toma de posición política en el citado debate, consecuencia del reiterado desprecio de los franceses para con la cultura española, y, más concretamente, efecto del artículo de Masson en 1782. La airada respuesta española, promovida y fomentada por el Gobierno español -que naturalmente no podía aceptar la tesis sobre la falta de progreso en la España de las últimas décadas-, se asienta sobre una mayor confianza en su propia cultura; en esos años, nuestro país ya se había desprendido del complejo de inferioridad que tuviera en las décadas anteriores: los españoles ya habían redescubierto el valor de su Siglo de Oro y habían traducido al castellano lo más precioso de la cultura extranjera; todo ello coincidió con la idea de que la literatura castellana comenzaba entonces a contar con nuevos valores. En consecuencia, España se sintió lo suficientemente fuerte como para contestar a Francia, de ahí las apologías. Es el momento en que también otras naciones europeas comienzan a rebelarse contra el imperialismo intelectual francés, contestando los fundamentos más característicos de su cultura: en el ámbito literario se produce una rebelión contra los principios neoclásicos; el Romanticismo comienza a fraguarse precisamente como resultado de ese creciente nacionalismo.

Mínguez es, así pues, un hombre de su tiempo, y participa activamente en los debates ideológicos y literarios de su época: entonces la unanimidad neoclásica comenzaba tímidamente a diversificarse. Nuestro escolapio se adhirió a la postura de los que en otro lugar he denominado “neoclásicos antiguos”, contrarios a la incorporación al español de voces nuevas y arcaísmos, partidarios de los autores antiguos, y defensores de una cultura nacional, frente a los neoclásicos modernos, más

predisuestos para innovaciones lingüísticas, defensores de los autores modernos, y más cosmopolitas. Todo ello define la traducción de Mínguez, muy meritoria por su innegable utilidad en todo lo estrictamente gramatical y literario, pero que, en gran medida, no es una traducción, sino una rectificación, no se propone incorporar a España la cultura enciclopedista, sino que, por el contrario, es una negación de todos aquellos postulados franceses que proclaman su preeminencia cultural y la universalidad de su propia idiosincrasia. La traducción del escolapio es una inadecuada respuesta a la arrogancia cultural francesa. Es una lástima que esa respuesta estuviera cargada de los tópicos apologeticos más burdos: se negaba la supremacía francesa, para afirmar la española; se respondía a un chovinismo con otro aún más inverosímil. El *Diccionario* de Mínguez supone -aparte de su innegable utilidad pedagógica- un tosco intento de españolizar el enciclopedismo gramatical y literario.

Referencias bibliográficas

- ANES, Gonzalo. 1970. "La *Encyclopédie méthodique* en España" en *Ciencia social y análisis económico. Estudios en homenaje al profesor Valentín Andrés Álvarez*, Madrid, Tecnos, 105-152.
- DONATO, Clorinda. 1992. "La *Enciclopedia metódica*: la traducción espagnole de l'*Encyclopédie méthodique*" *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie* 12, 155-164.
- JALÓN, Mauricio. 1997. "Sobre la cultura técnica impulsada por Carlos III: la *Encyclopedia metódica*, como empresa ilustrada" *Investigaciones históricas* 17, 101-136.
- JALÓN, Mauricio. 1998. "La traduction de l'*Encyclopédie méthodique* et la naissance de la 'culture matérielle' en Espagne" en *La Matière et l'Homme dans l'Encyclopédie*, París, Klincksieck, 159-185.
- LASALDE, Carlos. 1893. *Historia literaria y bibliografía de las Escuelas Pías de España*, Madrid, Imp. de la Cía. de Impresores y Libreros.
- LOPEZ, François. 1976. *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle*, Burdeos, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-américaines.
- MÍNGUEZ DE SAN FERNANDO, Luis. 1788. *Enciclopedia metódica. Diccionario de gramática y literatura*, Madrid, Sancha, I.
- RABAZA, M. R. P. Calasanz. 1917. *Historia de las Escuelas Pías en España*, Valencia, Tipografía Moderna, 4 vols.